

impetuoso de despecho y de rabia le ofuscó casi por completo la razón y dijo con voz ahogada: «¡Estúpida!» Y se alejó lleno de vergüenza.

XXII

A cosa de las ocho de la noche debían llegar juntos de la ciudad Cándida, su hermano Carlos y su padre. No se había dicho nada á Iris acerca de la llegada de su marido por proporcionarle el placer de la sorpresa. Tampoco sabía nada Furio; la tía le había enviado á las seis á llevar una carta á una quinta vecina, y al volver, debía encontrar en la casa, sin saberlo, á su hermano.

Riconovaldo se paseaba aquella noche por el jardín, desalentado y triste. Jamás había sufrido una humillación como la que Cándida le había hecho pasar poco antes, en la escalera, y en los días anteriores, á cada hora, á cada minuto, sin remisión, dura y despiadadamente. No le quedaba ya duda; le había parecido un majadero, un imbécil, un mocetón presuntuoso é insolente; en una palabra, lo que era. Ciertamente siempre se lo había oído decir: había nacido con alma por equivocación; aquella joven había estado en lo cierto; los amigos, riendo, le daban á entender la verdad; era el último de los hombres, un bonito bosquejo de hombre, un muñeco. La vergüenza, el enojo, la aflicción habían aumentado en él de tal modo que le demudaban el semblante en términos de que no parecía ya el suyo; hasta se había vuelto feo; así lo creía: se sentía tan mezquino en su exterior como en su interior; estaba anonadado. Y todo por Cándida, por aquella joven sin alma y sin forma de mujer, desabrida, desgarbada y orgullosa... La odiaba. Entregado se hallaba á estos pensamientos cuando oyó

que le llamaban; volvió la cabeza y vió á la criada, una buena vieja que servía en la casa hacía veinte años.

— Hace dos horas que le ando buscando, le dijo aquella mujer, y muchos días que tengo que preguntarle una cosa: ¿me lo permite?

El joven hizo un ademán afirmativo.

— Es una cosa que cuanto más pienso en ella menos la entiendo, y usted solamente me la podrá explicar. Pero es menester que venga usted conmigo en seguida, porque no hay tiempo que perder.

Riconovaldo se levantó y siguió á la vieja, que lo condujo á la quinta, le hizo subir la escalera, abrió la puerta del cuarto de Cándida y le dijo: «Entre usted.»

El joven la miró con extrañeza.

— Entre usted, entre usted; si no pasa usted adelante, no me podré dar á entender.

El joven entró y miró alrededor; era un cuarto sencillísimo; las paredes desnudas, una camita blanca, pocas sillas, y una mesita con unos cuantos libros junto á una ventana.

La vieja cerró la puerta, se plantó en medio del cuarto delante de Riconovaldo, y empezó á decir con aire de misterio:

— La señorita Cándida es una joven tranquila, ¿no es cierto?

— Así me lo ha parecido siempre, contestó el joven sin acertar á qué podría venir aquella pregunta.

— ¿No tiene ningún disgusto de familia?

— Que yo sepa, no.

— También es joven juiciosa, seria; quiero decir que no es de natural caprichoso, como tantas otras, y siempre se muestra lo mismo con la gente, ¿no es verdad?

— Muy cierto.

— Y aquí en el campo no conoce á nadie más que á su

padre, á su tía, á su hermano, á usted y á la cuñada, ¿no es así?

— A nadie más.

— Pues entonces, añadió la vieja después de reflexionar un momento, ¿cómo ha cambiado tanto de algún tiempo á esta parte?

— ¿Pero no acaba usted de decir que siempre está lo mismo?

— Con la gente, sí; pero cuando se halla sola y hasta cuando estoy yo, no.

— ¿Y qué hace cuando está sola?

— ¡Oh! ¡Si usted supiese! Escúcheme. Pero ante todo... ¿sabe usted que hay libros que hacen llorar como desesperados?

— ¿Dónde están esos libros?

— Aquí tiene usted uno.

La vieja abrió el cajón de la mesa, sacó un libro y se lo entregó á Riconovaldo.

— *Historia de Sibila* leyó el joven en la portada: es una novela.

— ¿Y hace llorar mucho?

— Puede hacer llorar.

— ¿Con desesperación?

— Con desesperación precisamente, no; algunas lágrimas como se derraman muchas.

— Pues mire usted; debe haber señales: lea usted aquí.

Y le indicó una página doblada, donde había tres líneas señaladas con la uña.

Riconovaldo leyó para sí: «Miss O'Neil era una joven alta, delgada, angulosa, que andaba con la rigidez y la regularidad de un autómata...»

— Ahora aquí.

— «...Fea casi hasta rayar en ridículo, se comprenderá que

la gente no la había acostumbrado mal. Rodeada siempre de una atmósfera glacial, siempre encogida y nerviosa como persona que se mueve bajo las miradas malévolas é irónicas...»

— Y aquí.

— «... ¡No puede usted figurarse todo lo que padezco, pobre niña, es imposible! Imagínese usted que estoy sola en el mundo, más sola que otra cualquiera, porque soy fea y desagradable, y esto me condena á estar siempre aislada, sin afectos, sin marido, sin hijos! ¡Y yo hubiera sido una madre tan buena, Sibila, una madre tan cariñosa!..»

Riconovaldo se iba turbando mientras leía; cuando acabó, cerró el libro y se quedó pensativo.

— Pero ¿qué diablos dice este libro?, preguntó la criada.

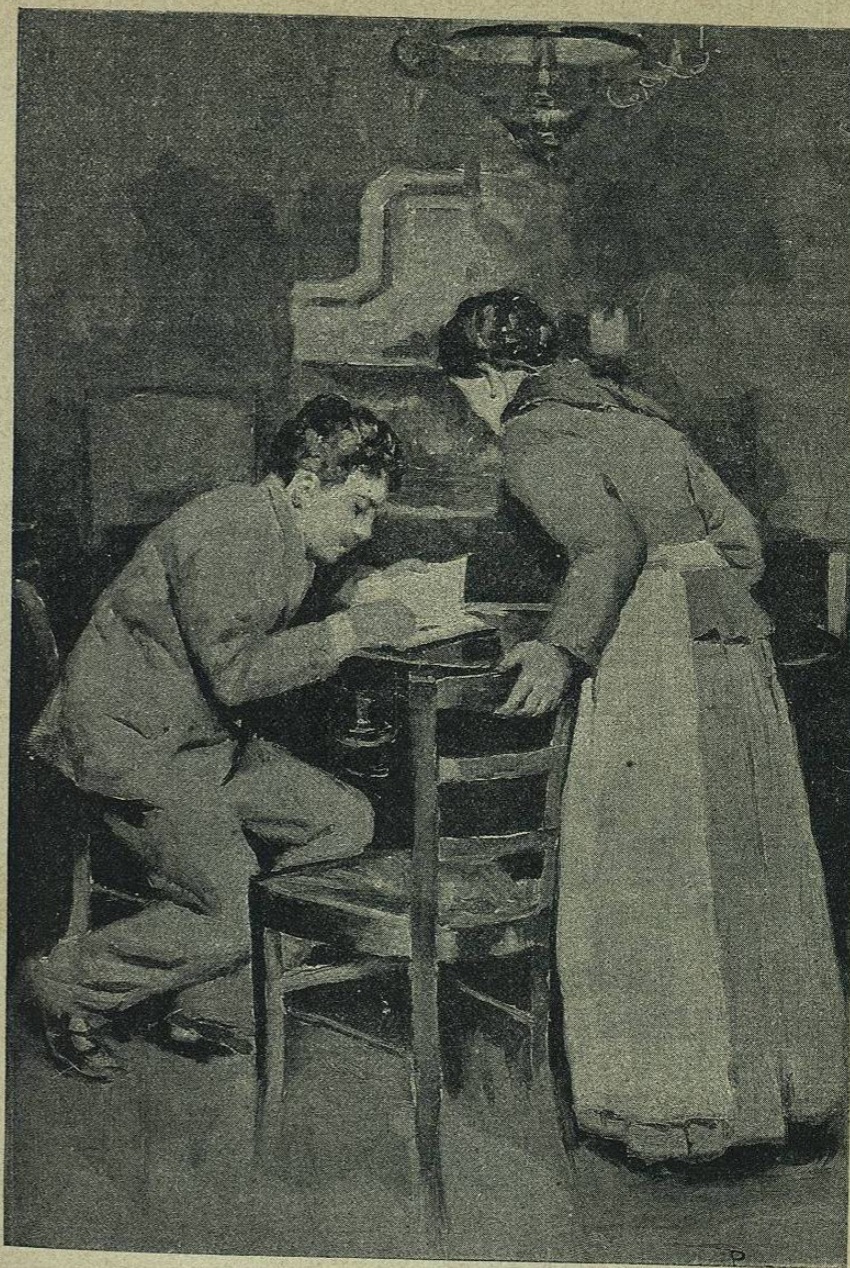
El joven no respondió.

— Yo estaba aquí cuando la señorita leía, y leyendo esa página lloraba y hacía señales con la uña; y cuando me marché, rompió á llorar copiosamente y siguió llorando toda la noche.

Riconovaldo seguía callado, con los ojos fijos en el suelo, como enajenado.

— Y luego otras muchas cosas, repuso la vieja. Una noche entró aquí de prisa; parecía más alegre que de costumbre, y se puso á escribir, á borrar y á rasgar pliegos de papel, y así estuvo hasta muy tarde, pues no parecía muy satisfecha de su trabajo; ¿y por qué? ¡Si al menos hubiese escrito una carta! De tanto como había escrito, á la mañana siguiente no quedaba más que un plieguecillo lleno de enmiendas y tachaduras, escondido en el fondo del cajón...

Así diciendo, la vieja abrió el cajón, sacó el papel y se lo entregó á Riconovaldo, el cual leyó entre enmienda y enmienda: «... Es preciso comprenderlos, estudiarlos; mas para estu-



Riconovaldo leyó para sí: